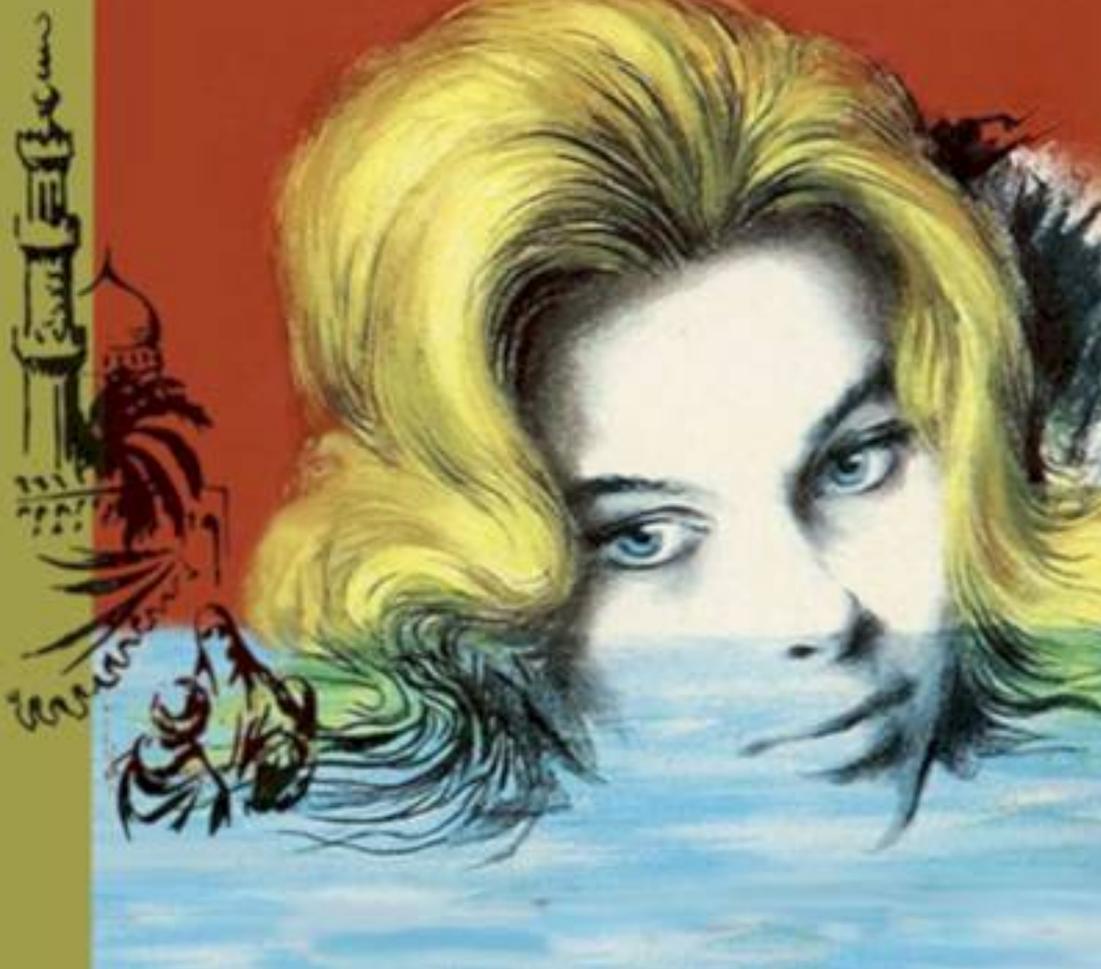


Lawrence Durrell

CILEA



Clea es el cuarto volumen de la tetralogía de Lawrence Durrell, el Cuarteto de Alejandría, cuyas tres primeras partes son *Justine*, *Balthazar* y *Mountolive*. *Clea* proporciona al cuarteto una dimensión temporal en la vida de un entrañable grupo de personajes: Darley regresa a Alejandría. La ciudad está en plena guerra. Y Clea está esperándole sin saber a ciencia cierta qué espera...

Así se cierra el cuarteto; con una historia de amor paralela, en cierto modo, a la historia de la creación artística. Concluye, como una sinfonía, para anunciar el múltiple y eterno despertar del universo heráldico, en el que también el lector participa: pues, como afirma Pursewarden, «el lector es el poeta, todos somos poetas: la estatua debe desprenderse del torpe bloque de mármol que la aloja y empezar a vivir»...

Clea ocupa un lugar esencial en el Cuarteto, y ayuda a comprender con mayor profundidad todo lo contado en los libros anteriores. Con esta novela culmina la que unánimemente se considera la obra maestra de Durrell.

A mi padre

NOTA

Clea es el cuarto volumen de un grupo de novelas escritas con el propósito de constituir una obra única. Es una secuela de *Justine*, *Balthazar* y *Mountolive*.

El conjunto de las cuatro novelas forma el «Cuarteto de Alejandría»; un subtítulo adecuado para la obra podría ser el de «continuum verbal». En la nota previa a *Balthazar* exponía mis intenciones en cuanto al aspecto formal del cuarteto. En los «Temas de ejercicio» que cierran este volumen sugiero una serie de variantes para un posible desarrollo ulterior de personajes y situaciones; pero sólo con el propósito de insinuar que aun cuando la serie se prolongase hasta el infinito, la obra no sería jamás un roman fleuve (un tema único desarrollado en series), sino siempre estrictamente una parte del mismo «continuum verbal». De modo que si el eje del cuarteto está en el justo centro, podrá iluminar cualquiera de las partes sin que se pierda el ajuste y la unidad del «continuum». En todo caso, para todos los fines y propósitos, los cuatro volúmenes pueden ser juzgados como un todo.

Como la literatura moderna no nos ofrece Unidades me he vuelto hacia la ciencia para realizar una novela como un navío de cuatro puentes cuya forma se basa en el principio de la relatividad. Tres lados de espacio y uno de tiempo constituyen la receta para cocinar un continuo. Las cuatro novelas siguen este esquema. Sin embargo, las tres primeras partes se despliegan en el espacio (de ahí que las considere hermanas, no sucesoras una de otra) y no constituyen una serie. Se interponen, se entretajan en una relación puramente espacial. El tiempo está en suspenso. Sólo la última parte representa el tiempo y es una verdadera sucesora.

La relación sujeto-objeto es tan importante para la relatividad que he debido emplear los dos tonos: el subjetivo y el objetivo. La tercera parte, *Mountolive*, es una novela estrictamente naturalista en la cual el narrador de *Justine* y *Balthazar* se convierte en objeto, es decir, en personaje. Este método no debe nada ni a Proust ni a Joyce, pues a mi entender sus métodos, ilustran la noción de «duración» de Bergson, no la relación «espacio-tiempo».

El tema central del libro es una investigación del amor moderno. Estas consideraciones pueden parecer un poco presuntuosas e incluso grandilocuentes. Pero valga la pena tratar de descubrir una forma, adecuada a

nuestro tiempo, que merezca el epíteto de «clásica». Aunque el resultado sea «ciencia-ficción» en la verdadera acepción del término.

La condición Primera y más hermosa de la naturaleza es el movimiento que la mantiene en incesante acción; pero el movimiento no es más que la perpetua consecuencia del crimen; sobrevive tan sólo en virtud del crimen.

D. A. F. DE SADE: *Justine*.

PRIMERA PARTE

I

Aquel año las naranjas fueron más abundantes que de costumbre. Centelleaban como linternas en los arbustos de bruñidas hojas verdes, chisporroteaban entre la arboleda bañada de sol. Parecían ansiosas por celebrar nuestra partida de la pequeña isla; el tan esperado mensaje de Nessim había llegado ya, como una cita al Submundo. El mensaje que en forma inexorable me haría regresar a la única ciudad que para mí había flotado siempre entre lo ilusorio y lo real, entre la substancia y las imágenes poéticas que su solo nombre me evocaba. Un recuerdo me decía, un recuerdo falseado por los deseos e intuiciones apenas realizados hasta entonces en el papel. ¡Alejandría, capital del recuerdo! Todas aquellas notas manuscritas, robadas a criaturas vivas y muertas, al punto de que yo mismo me había convertido en algo así como el postscriptum de una carta eternamente inconclusa, jamás enviada.

¿Cuánto tiempo había estado ausente? Me era difícil precisarlo, aunque el tiempo calendario proporciona un indicio demasiado vago de los iones que separan a un ser de otro ser, un día de otro día; y durante todo ese tiempo yo había vivido en realidad allí, en la Alejandría del corazón de mi pensamiento. Página tras página, latido tras latido, me había entregado al grotesco mecanismo del que todos hemos participado alguna vez, tanto los victoriosos como los vencidos. Una antigua ciudad que cambiaba de color a la luz de pensamientos colmados de significación, que reclamaba a viva voz su identidad; en alguna parte, en los promontorios negros y espinosos del África, la verdad perfu-

mada del lugar permanecía viva, la hierba amarga e intragable del pasado, la médula del recuerdo. Había comenzado una vez a ordenar, codificar y anotar el pasado antes de que se perdiese para siempre tal era, en todo caso, la tarea que me había propuesto. Pero había fracasado (¿sería tal vez irrealizable?), pues ni bien lograba embalsamar con palabras alguna faceta de aquel pasado, irrumpía de pronto un nuevo modo de conocimiento que desmoronaba toda la estructura, y el esquema se desmembraba para ensamblarse una vez más en figuras inesperadas, imprevisibles.

«Recrear la realidad», escribí en alguna parte; palabras temerarias y presuntuosas por cierto, pues es la realidad la que nos crea y recrea en su lenta rueda. Y sin embargo, si la experiencia de aquel interludio en la isla me había enriquecido, era tal vez precisamente a causa del rotundo fracaso de mi tentativa por registrar la verdad interior de la ciudad. Me encontraba ahora cara a cara con la naturaleza del tiempo, esa dolencia de la psique humana. Tenía que aceptar mi derrota frente al papel, y sin embargo, de manera bastante curiosa, el acto de escribir había dado frutos de otra especie: el mero fracaso de las palabras, que se sumergían una a una en las profundas cavernas de la imaginación y desaparecían en la esclusa. Una manera un tanto costosa de empezar a vivir, sí; pero nosotros los artistas nos sentimos arrastrados hacia vidas individuales que se nutren de tales extrañas técnicas de autopersecución.

Pero entonces... si yo había cambiado, ¿qué habría sido de mis amigos Balthazar, Nessim, Justine, Clea? ¿Qué nuevos rostros descubriría en ellos tras ese lapso cuando la atmósfera de la nueva ciudad me hubiese atrapado una vez más? Ésa era la incógnita. No podía imaginarlo. La aprensión temblaba en mi interior como una cinosura. Me era difícil renunciar al tan duramente conquistado territorio de mis sueños a favor de imágenes nuevas, nuevas ciudades, situaciones nuevas, amores nuevos. Como un monomaniaco me abrazaba a mis propios sueños de la ciudad... Me

preguntaba si no sería más prudente permanecer en la isla. Tal vez sí. Y sin embargo, sabía que debía acudir, que debía partir en realidad ¡*aquella misma noche!* Los pensamientos eran tan confusos y contradictorios que me obligaba a repetírmelos en voz alta.

Los diez días que siguieron a la aparición del mensajero habían transcurrido en medio de una ansiedad esperanzada y secreta. El clima se había mostrado generoso, regalándonos una sucesión de días maravillosamente azules, de mares serenos. Fluctuábamos entre dos paisajes, sin decidirnos a renunciar a uno, y ávidos de encontrarnos con el otro. Como gaviotas posadas en la cuesta de un acantilado. En mis sueños se confundían y frustraban imágenes infinitas y contradictorias. La casa de la isla, por ejemplo, entre el humo de plata de los almendros y olivos, por donde vagabundaba la perdiz con sus patas rojas... Los silenciosos claros en los que sólo podía surgir de pronto el rostro cabrío de un dios Pan. La pura y luminosa perfección de forma y color no conciliaba con las premoniciones que nos asediaban. (Un cielo cuajado de estrellas errantes, olas de diluido esmeralda en las playas solitarias, el grito de las gaviotas en los blancos caminos sureños). Aquel mundo griego invadido ya por los olores de la ciudad olvidada: promontorios donde marinos sudorosos, después de beber y comer hasta hacer estallar sus intestinos, extraían de sus cuerpos, como de vejigas, toda lujuria, y se desplomaban con mirada perruna en el abrazo de los esclavos negros. (Los espejos, la dolorosa dulzura de las voces de los canarios ciegos, la burbuja de los narguiles en sus recipientes de agua de rosas, el olor del pachulí y de los pebeteros). Eran sueños irreconciliables, que se devoraban unos a otros. Veía otra vez a mis amigos (no ya como meros nombres) iluminados por la nueva certeza de mi partida. No eran más las sombras de mis escritos; habían renacido, incluso los muertos. Por las noches volvía a caminar por las tortuosas callejuelas en compañía de Melissa (que estaba ahora más allá de todo re-

mordimiento pues aun en sueños sabía que estaba muerta) tomados tiernamente del brazo; las piernas delgadas como tijeras daban a su marcha un movimiento oscilante. El hábito de estrechar su muslo contra el mío a cada paso. Podía ahora verlo todo con afecto, incluso el viejo vestido de algodón y los zapatos baratos que usaba los días de fiesta. No había podido ocultar con el polvo la ligera marca azul de mis dientes en su garganta. Entonces su imagen se desvanecía y yo despertaba con un grito de angustia. El amanecer se abría paso entre los olivos y bañaba de plata las hojas inmóviles.

Pero de algún modo, yo había recuperado en el interludio mi paz espiritual. Atesoraba con deleite aquel puñado de días azules que nos despedían, fastuosos dentro de su simplicidad: las crepitantes hogueras de leña de olivo en el antiguo hogar de donde el retrato de Justine sólo sería quitado a último momento danzaban y se reflejaban en el mobiliario de madera rústica, en la laca azul del cántaro con los primeros ciclámenes. ¿Qué tenía que ver la ciudad con todo eso una primavera egea suspendida de un hilo entre el invierno y los primeros capullos de almendro? Una palabra apenas, casi sin sentirlo, garabateada a la orilla de un sueño, o repetida al ritmo de la voluble música del tiempo que no es otra cosa que deseo expresado por los latidos del corazón. En realidad, a pesar del inmenso amor que me inspiraba, me sentía incapaz de quedarme en la isla. La ciudad que odiaba, ahora lo sabía, tenía otro significado, una nueva valoración de la experiencia que había dejado en mí sus huellas indelebles. Debía regresar todavía una vez para poder abandonarla para siempre, para liberarme de ella. Si me he referido al tiempo es porque el escritor que yo empezaba a ser aprendía por fin a habitar los espacios desiertos que el tiempo olvida. Comenzaba a vivir, por así decirlo, entre el tictac del reloj. El continuo presente, que es la historia real de la anécdota colectiva del pensamiento humano; cuando el pasado ha muerto y el futuro está representa-

do sólo por el deseo y el temor, ¿qué ocurre con el instante casual imposible de registrar pero también imposible de despreciar? Para la mayoría de nosotros, lo que llamamos presente es arrebatado al conjuro de las hadas, como un pasado repetido y suntuoso, antes de que hayamos tenido tiempo de tocar un solo bocado. Como Pursewarden, muerto ahora, tenía la esperanza de poder decir muy pronto con absoluta sinceridad: «No escribo para aquellos que jamás se han preguntado en que punto comienza la vida real».

Pensamientos ociosos cruzaban mi mente mientras descansaba tendido en una roca lisa junto al mar, comiendo una naranja, encerrado en una soledad perfecta que pronto sería tragada por la ciudad, el denso sueño azul de Alejandría, dormitando como un viejo reptil a la bronceada luz faraónica del gran lago. Los maestros sensualistas de la historia abandonando sus cuerpos a los espejos, a los poemas, a los pacientes rebaños de muchachos y mujeres, a la aguja en la vena, a la pipa de opio, a la muerte en vida de los besos sin deseo. Recorriendo una vez más con la imaginación aquellas calles, comprendía que abarcaban no sólo la historia humana, sino también toda la escala biológica de los afectos, desde los arrebolados éxtasis de Cleopatra (curioso que la vida haya sido descubierta aquí, cerca de Taposiris), hasta el fanatismo de Hipatia (mustias hojas de parra, besos de mártires). Y visitantes más extraños aun: Rimbaud, estudiante del Abrupto Sendero, paseó por aquí con un cinturón lleno de monedas de oro. Y todos aquellos otros morenos intérpretes de sueños y políticos y eunucos, como una bandada de pájaros de brillante plumaje. Entre la piedad, el deseo y el terror, veía la ciudad abrirse una vez más ante mí, habitada por los rostros de mis amigos y criaturas.

Sabía que debía revivir la experiencia todavía una vez, y entonces para siempre.

Sin embargo, era una partida extraña, llena de pequeños elementos imprevistos. Me refiero al hecho de que el

mensajero fuese un jorobado vestido con un traje plateado, una flor en la solapa, ¡un pañuelo perfumado en la manga! Y al repentino surgimiento a la vida de la aldea, que durante tanto tiempo había ignorado prudentemente nuestra simple existencia, salvo algún ocasional regalo de pescado, vino o huevos coloreados que Athena nos traía envuelto en su chalina roja. Tampoco ella podía resignarse a la idea de vernos partir. Su vieja máscara seria y arrugada estallaba en llanto sobre cada uno de los objetos de nuestro magro equipaje. Pero repetía con obstinación, «no pueden dejarlos partir de una manera tan inhóspita. La aldea no los dejará irse así». ¡Iban a ofrecernos un banquete de despedida!

En cuanto a la niña, yo mismo había dirigido el ensayo general del viaje (en realidad de toda su vida) en las imágenes de un cuento de hadas que no se había gastado a pesar de las infinitas repeticiones. Se sentaba junto al cuadro y escuchaba con atención. Estaba más que preparada para todo, casi ansiosa en realidad por ocupar su sitio en la galería de imágenes que yo le había pintado. Absorbía todos los confusos colores de ese mundo fantástico, al que alguna vez había pertenecido por derecho, y que recobraría ahora; un mundo poblado por aquellas presencias: el padre, un príncipe pirata de atezado rostro, la madrastra, una reina morena y dominadora...

—¿Es como la reina del juego de naipes?

—Sí, la reina de espadas.

—Y se llama Justine.

—Se llama Justine.

—En el cuadro fuma. ¿Me querrá más que mi padre o menos?

—Te querrá por los dos.

No había encontrado ninguna otra manera de explicárselo, sino a través del mito o la alegoría: la poesía de la incertidumbre infantil. Le había enseñado a la perfección aquella parábola de un Egipto que le revelaría (agigantados como dioses o magos) los retratos de su familia, de sus

antepasados. Pero ¿acaso no es la vida misma un cuento de hadas cuyo sentido se nos pierde a medida que crecemos? No importa. Estaba ebria ya con la imagen de su padre.

—Sí, me doy cuenta de todo.

Asentía con un gesto, y con un suspiro amontonaba aquellas imágenes pintadas en el cofre de su pensamiento. De Melissa, su madre muerta, hablaba menos, y cuando lo hacía, yo le respondía también en forma de cuento. Pero su imagen, como una pálida estrella, se perdía ya por detrás del horizonte, en la quietud de la muerte, cediendo el primer plano a los otros, los personajes vivos del juego de naipes.

Arrojó una mandarina al agua y se agachó para verla rodar lentamente por el suelo arenoso de la gruta. Chisporroteaba como una pequeña llama, acariciada por el ir y venir de la marea.

—Fíjate ahora cómo la recojo.

—No en este mar helado, te morirás de frío.

—No hace frío hoy, mira.

Nadaba como una joven nutria. Era fácil para mí, desde la roca lisa en que me encontraba, reconocer en la niña los ojos osados de Melissa, un poco oblicuos en los extremos; y a veces, en forma intermitente, como una pizca de sueño en las esquinas, la mirada pensativa (suplicante, insegura) de su padre Nessim. Recordé la voz de Clea diciendo en una ocasión, en otro mundo tan lejano en el tiempo: «Recuerda, si a una chica no le gusta bailar y nadar, jamás sabrá hacer el amor». Sonreí y me pregunté qué verdad habría en aquellas palabras, mientras observaba a la pequeña que se movía lentamente en el agua y se dirigía con gracia hacia la meta, ágil como una foca, los dedos de los pies apuntados hacia el cielo, el pequeño bolso blanco y reluciente entre las piernas. Recogió delicadamente la mandarina y subió en espiral hacia la superficie con la fruta apretada entre los dientes.

- Corre ahora y sécate enseguida.
—No hace frío.
—Haz lo que te digo. Apúrate. Pronto.
—¿Y el jorobado?
—Se fue.

La inesperada aparición de Mnemjian en la isla —había sido él quien trajo el mensaje de Nessim— la había sorprendido y conmovido a la vez. Era extraño verlo caminar por la playa pedregosa con su aire grotesco y preocupado, con el vacilante equilibrio de un tentempié. Se me ocurre que quería demostrarnos que durante todos aquellos años había caminado únicamente sobre pavimentos más finos. Que había perdido el hábito de caminar sobre tierra firme. Todo él irradiaba un refinamiento precario y exagerado. Vestía un deslumbrante traje plateado, sandalias, un alfiler de corbata con una perla; los dedos cuajados de anillos. Sólo la sonrisa, aquella sonrisa de niño, era la misma, y el pelo grasiento y motudo, que apuntaba siempre hacia el seno frontal.

—Me he casado con la viuda de Halil, mi querido amigo. Soy el barbero más rico de todo Egipto.

Soltó todo esto sin tomar aliento, apoyándose en un bastón con puño de plata al que también, era evidente, estaba poco habituado. Su mirada violenta escudriñaba con visible desdén nuestra cabaña un tanto primitiva; rechazó una silla, sin duda porque no quería arrugar sus indescriptibles pantalones.

—Una vida un poco dura ésta, ¿verdad? No demasiado *luxe*, Darley.

Suspiró y añadió luego:

—Pero ahora vendrán otra vez con nosotros.

Hizo un gesto vago con el bastón, como si quisiera simbolizar la hospitalidad de que disfrutaríamos una vez más en la ciudad.

—Yo no puedo quedarme. En realidad estoy de regreso. Esto lo hice como favor a Hosnani.